

NIL DRAGÓ
Y EL ÚLTIMO DREKI

MARC ROIG ANTICH

Ilustraciones © Marta Cardoso, 2022

Copyright © Marc Roig Antich, 2022

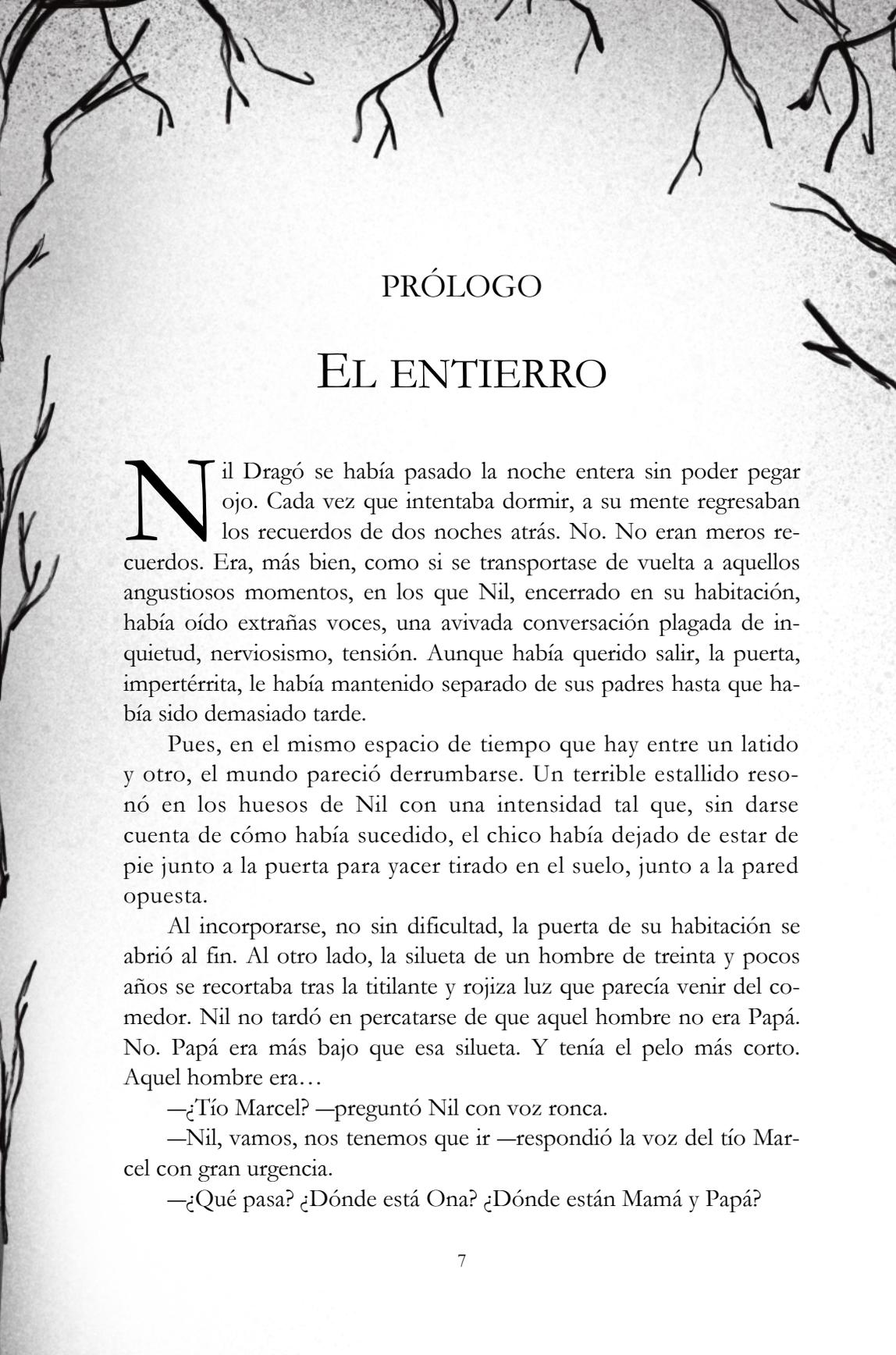
Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

ISBN: 9798493788895

enero de 2022

*Para Diego, porque es un pozo de infinita paciencia y apoyo.
Y para Marta, porque ha hecho que este libro sea aún más mágico.*





PRÓLOGO

EL ENTIERRO

Nil Dragó se había pasado la noche entera sin poder pegar ojo. Cada vez que intentaba dormir, a su mente regresaban los recuerdos de dos noches atrás. No. No eran meros recuerdos. Era, más bien, como si se transportase de vuelta a aquellos angustiosos momentos, en los que Nil, encerrado en su habitación, había oído extrañas voces, una avivada conversación plagada de inquietud, nerviosismo, tensión. Aunque había querido salir, la puerta, impertérrita, le había mantenido separado de sus padres hasta que había sido demasiado tarde.

Pues, en el mismo espacio de tiempo que hay entre un latido y otro, el mundo pareció derrumbarse. Un terrible estallido resonó en los huesos de Nil con una intensidad tal que, sin darse cuenta de cómo había sucedido, el chico había dejado de estar de pie junto a la puerta para yacer tirado en el suelo, junto a la pared opuesta.

Al incorporarse, no sin dificultad, la puerta de su habitación se abrió al fin. Al otro lado, la silueta de un hombre de treinta y pocos años se recortaba tras la titilante y rojiza luz que parecía venir del comedor. Nil no tardó en percatarse de que aquel hombre no era Papá. No. Papá era más bajo que esa silueta. Y tenía el pelo más corto. Aquel hombre era...

—¿Tío Marcel? —preguntó Nil con voz ronca.

—Nil, vamos, nos tenemos que ir —respondió la voz del tío Marcel con gran urgencia.

—¿Qué pasa? ¿Dónde está Ona? ¿Dónde están Mamá y Papá?

—Nil, por favor, no podemos quedarnos aquí, es peligroso —le urgió el tío Marcel, estirando un brazo para sujetar la muñeca de Nil y prácticamente arrastrarle fuera de la habitación.

—¿Cómo que es peligroso? ¿Qué ha pasado? ¿Dónde están todos? —insistió Nil.

—Ona está abajo, la he llevado al coche y nos está esperando —dijo el tío Marcel.

—¿Y Mamá y Papá? —volvió a preguntar el chico. El tío Marcel suspiró, pero no respondió a la pregunta de Nil. En lugar de eso, aceleró el ritmo, obligando a Nil a correr con grandes zancadas para no caerse, pues todavía le tenía sujeto firmemente de la muñeca.

El tío Marcel y Nil atravesaron el pasillo y se abrieron paso hasta alcanzar el comedor. Allí, Nil dejó escapar un grito ahogado, cubriéndose la boca con la mano, ojos como platos. Del comedor de su casa quedaban, a duras penas, dos paredes y un sofá. Todo lo demás, envuelto en llamas ya moribundas, no eran más que ruinas esparcidas por el sucio suelo. Restos de la mesa de cristal, astillas que habían sido el gran armario donde Papá guardaba tantos libros...

—Pero, ¿qué ha pasado aquí, tío Marcel? ¿Y dónde están Mamá y Papá?

Pero el tío Marcel no respondió.

Salieron de la casa y entraron en el coche, Nil en la parte posterior, para descubrir que Ona, en efecto, había estado allí esperando todo ese tiempo. Nil echó un vistazo a su hermana melliza. Su melena rubia lucía alborotada, una coleta torcida tratando de recoger el cabello sin demasiado éxito. Sus ojos, del mismo azul pálido que los de Nil, estaban brillantes. Era evidente que había estado llorando, o a punto de estarlo.

En silencio, el tío Marcel condujo, lanzando fugaces miradas a sus sobrinos por el retrovisor. Sus rostros parecían palidecer por segundos, probablemente debido a la comprensión que comenzaba a nacer en sus mentes.

«*Papá y Mamá están...*», pensó Nil. No. Aquello no podía ser. Estaba soñando. Claro, eso era. Nil estaba teniendo una pesadilla

de la que despertaría en cualquier momento. Era solo cuestión de segundos.

Pero no despertó. Aquella pesadilla no era un simple sueño. Aquella pesadilla era real. Todavía entonces, dos días después, sentado en la primera hilera de bancos en la iglesia, con los ataúdes frente a él, Nil mantenía la esperanza de despertar de un momento a otro.

Sin embargo, ya en el cementerio, mientras los dos ataúdes descendían lentamente dos metros bajo tierra, Nil empezó a comprender que sus padres no volverían. Que no lo había soñado. Que aquello era real. Una lágrima rodó en silencio por su mejilla. La recogió con el puño de la camisa que el tío Marcel le había hecho ponerse aquella mañana.

Una gran y cálida mano se posó en su hombro. Nil alzó la vista para encontrarse con los ojos ambarinos de su tío dedicándole una triste sonrisa. La mano le apretó el hombro y Nil sintió un suave calor extenderse por su cuerpo. Ya no sentía la terrible pesadez que le había acompañado durante todo el funeral, aunque la presión en el pecho se negaba a desaparecer.

—¿Estáis listos para irnos? —preguntó el tío Marcel, voz suave, a Ona y Nil.

—¿Irnos? ¿Irnos adónde? —quiso saber Ona. Nil, mentalmente, había formulado la misma pregunta, puesto que no le parecía una posibilidad real volver a casa de Mamá y Papá después de lo que había sucedido. La noche anterior la habían pasado en el tanatorio, otro lugar al que ya no tenía sentido regresar ahora que el funeral había terminado al fin.

—Pues a casa, claro —dijo el tío Marcel—. A mi casa —puntualizó, ante la mirada de confusión de Ona y Nil—. A partir de ahora viviréis conmigo. ¿Qué os parece?

—Bien, supongo —respondió Ona, encogiéndose de hombros. Nil no respondió. Por supuesto, siempre le había gustado quedarse a dormir en casa del tío Marcel, pero una cosa era pasar allí una noche y otra muy distinta era vivir con él para siempre.

—Nil, ¿nos vamos? —repitió con voz queda el tío Marcel, su mano abandonando el hombro de su sobrino y quedando tendida

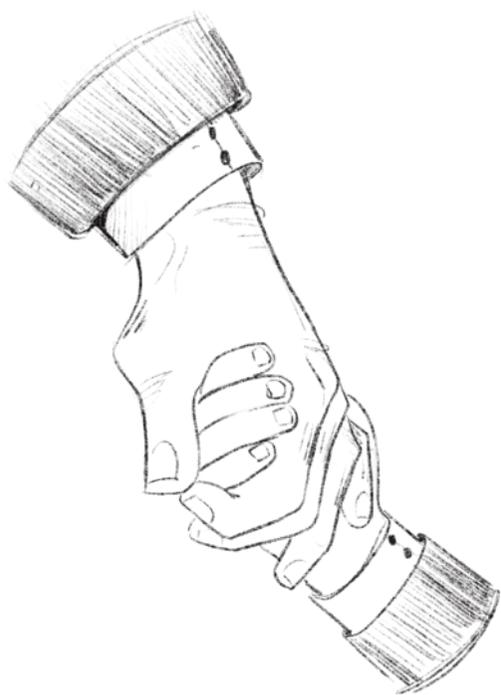
en el aire, esperando a que Nil la agarrase. Pero él negó lentamente con la cabeza.

—¿Nos podemos quedar un poco más? —preguntó el chico en voz baja.

—Claro —repuso el tío Marcel con voz suave—. Claro que nos podemos quedar un poco más.

—Vale —dijo Nil, suspirando profundamente.

Quién sabe cuánto tiempo permaneció Nil allí, inmóvil, frente a las tumbas recién colocadas, leyendo una y otra vez los nombres de Mamá y Papá, todavía con aquella extraña sensación de irrealidad que le envolvía todo el cuerpo y le apretaba tan dolorosamente. Finalmente, al percatarse de que su garganta estaba totalmente seca y sus pies comenzaban ya a quejarse tras haber pasado tantísimo rato sin poder sentarse, Nil miró al tío Marcel, le dio al fin la mano y se dejó apartar del lugar donde Mamá y Papá descansarían para siempre.







CAPÍTULO 1

EL COLEGIO SANTA ROSAURA

Casi doscientos kilómetros más tarde, Nil, Ona y el tío Marcel finalmente cruzaron el umbral del apartamento en el que, hasta ahora, el tío Marcel había vivido con la única compañía de Nabiu, su gato. A partir de ese momento, sin embargo, la habitación que había permanecido prácticamente deshabitada pasaría a ser el dormitorio compartido de Ona y Nil. Por supuesto, esto no era del agrado de ninguno de los dos mellizos, ni por asomo. Aunque, por otra parte, ambos se encontraban demasiado exhaustos en esos momentos como para manifestar lo disconformes que estaban con aquella solución, que en realidad era la única opción viable; el apartamento del tío Marcel solo tenía dos habitaciones y una, obviamente, ya estaba ocupada por el propio tío Marcel y el gato Nabiu, que tenía la costumbre de dormir cada noche a los pies de su cama.

Así pues, prácticamente sin mediar palabra, Nil se desplomó sobre la cama de la izquierda al tiempo que Ona se sentaba en la cama de la derecha. Allí permanecieron, Nil suspirando y la mirada clavada en el techo, Ona suspirando y la mirada clavada en el armario, durante la mayor parte de una hora, mientras el tío Marcel, en algún punto indeterminado del apartamento, parecía estar moviendo objetos que emitían leves tintineos. Los ruidos —que Nil había determinado que provenían de la cocina— se apagaron pasado un largo cuarto de hora, momento en el cual los mellizos oyeron unos suaves pasos acercándose. La puerta se abrió y por ella asomó la cabeza del tío Marcel:

—¿Tenéis hambre?

—Un poco —dijo Ona.

—No —dijo Nil al mismo tiempo.

—He hecho pizzas —repuso el tío Marcel mientras Ona se ponía en pie para acompañar a su tío.

—No tengo hambre —insistió Nil con un suspiro.

—Nil, tienes que comer algo —dijo el tío Marcel—. Ven y cómete un trozo por lo menos.

Nil suspiró profundamente y, a pesar de lo mucho que le habría gustado permanecer allí tumbado, se alzó de la cama y salió de la habitación con su hermana y su tío. En silencio, los tres se dirigieron al comedor, donde tres humeantes y gigantescas pizzas aguardaban sobre la mesa a ser devoradas. Al verlas, Nil supuso que, al fin y al cabo, algo de hambre sí tenía. El leve gruñido de su estómago no hizo más que confirmarlo.

—Venga, sentaos —dijo el tío Marcel, y los dos niños tomaron asiento frente a la comida. Sin pensárselo dos veces, Ona estiró el brazo y se sirvió una gran porción, el queso estirándose y estirándose hasta que cedió a la tensión y se rompió. Nil, ojos en blanco, imitó a su hermana. Se llevó el trozo de pizza a la boca y masticó perezosamente.

Cuando se hubo terminado la porción, Nil se levantó de la mesa, arrastrando la silla sonoramente, y echó a caminar de regreso a la habitación. El tío Marcel miró a Nil como si quisiera decirle algo, pero debió de pensárselo mejor, puesto que se limitó a observar cómo desaparecía por el pasillo.

Nil, que sentía que le ardían los ojos, volvió a la cama después de cerrar la puerta de la habitación. Se le ocurrió que, si solo cerraba los ojos un par de segundos, para descansarlos, no pasaría nada. No, seguro que no pasaría nada. Además, no iba a dormir, solo iba a descansar los ojos. Sí, exacto, descansar... los... ojos...

Si se esforzaba lo suficiente, Nil podía distinguir las palabras que se filtraban a través de la pared. Podía identificar al menos cuatro voces distintas: la de Mamá, la de Papá, una áspera voz de hombre que no sabía relacionar con nadie que conociera y otra de mujer, igualmente desconocida, cantarina y sonriente.

—Sabemos que lo tenéis, así que no os hagáis los locos —dijo la voz áspera.

—No tenemos lo que buscáis —respondió la voz de Papá. Sonaba firme e imponente, y Nil casi se imaginó a Papá dando un paso al frente, alzándose ante los desconocidos, que, en la mente de Nil, retrocedieron un tanto.

En silencio absoluto, Nil dio dos pequeños pasos, acercándose a la puerta de su habitación. Sabía que estaba cerrada, pero, aun así, sus dedos rodearon el tirador. Cuál fue su sorpresa al ver que, al empujar hacia sí, la puerta se abrió en un silencioso susurro, una penetrante oscuridad abriéndose paso a través de ella y engulléndolo todo en el dormitorio. Nil, a tientas, arrastrando los pies, cruzó el umbral.

Desde el pasillo, las voces llegaban más nítidas. Los desconocidos parecían estar exigiendo a Mamá y Papá que les entregasen algo que, al parecer, tenían y no les pertenecía. Nil supuso que aquello no podía ser sino un error, puesto que Papá y Mamá se parecían a un ladrón tanto como un loro se parece a un elefante.

A medida que avanzaba por el pasillo, las voces sonaban más y más tensas, más urgentes, más desordenadas, pisándose unas a otras. Entonces se dio cuenta Nil de que no había solo cuatro voces, como había creído al principio. A las dos desconocidas —la áspera de hombre y la cantarina de mujer— se habían sumado otras cuatro, tan irreconocibles como las dos que se habían dejado oír primero.

—Cuanto antes nos entreguéis el cristal —dijo una de esas cuatro voces nuevas—, antes nos iremos. Así que, rápido. —Nil se imaginó a la persona que había pronunciado esas palabras tendiendo una mano abierta en el aire, la palma apuntando al techo, a la espera de que Mamá y Papá depositaran sobre ella ese cristal del que hablaban y que tanto empeño tenían en recuperar.

—No tenemos ningún cristal —espetó Mamá. Una de las voces extrañas soltó una carcajada.

—Por favor, dejemos la comedia de una vez. Dádnoslo. Ahora.

Un extraño zumbido pareció recorrer el aire, acompañado por un fagonazo de luz amarillenta. Tras el rayo, un grito y un golpe indicaron a Nil que alguien acababa de caer pesadamente al suelo. Al primer

destello le siguieron otros tantos, a cual de mayor intensidad que el anterior. Chispas de todos los colores, gruñidos, gritos ahogados y golpes. Aquello parecía una pelea, aunque Nil no lograba identificar el origen de todos aquellos resplandores y silbidos.

A medida que los golpes se volvían más frecuentes y escandalosos, los pasos de Nil se hacían menos cautelosos, puesto que, entre todo el estrépito, dudaba mucho que alguien fuera a oírle mientras se acercaba.

Su cabeza apenas había comenzado a asomar por la entrada del comedor, sus ojos apenas habían captado las seis figuras altas y esbeltas, todas con los rostros ocultos, cuando sucedió. De la mano de uno de los intrusos nació una flor de fuego que creció hasta devorarlo todo. Las voces de los desconocidos se apagaron y solo quedaron las de Mamá y Papá que, cegados entre toda la luz, se llamaban, tratando de encontrarse.

—*Nil...*

Al chico le pareció oír una voz llamando su nombre, pero estaba demasiado ocupado tratando de ubicar a Mamá y Papá como para prestarle atención a cualquier otra cosa.

—*Nil...*

Otra vez la voz. Nil sacudió la cabeza y puso un pie en el comedor. Tenía que encontrar a Mamá y Papá y sacarlos de allí cuanto antes...

Pero apenas hubo dado un segundo paso, un terrible estruendo le ensordecía los oídos y una descomunal fuerza le lanzó despedido hacia atrás. Nil voló de espaldas hasta el otro extremo del pasillo, chocando con gran fuerza contra la pared, al tiempo que veía la luz del comedor apagarse lentamente hasta que solo quedaron suaves parpadeos rojizos.

—*¡Nil!*

Nil se puso en pie. La voz que le llamaba era cada vez más insistente. Algo mareado, volvió a cruzar el pasillo, solo para encontrar el comedor destruido, como aquella noche. Todo hecho trizas, alguna solitaria llama consumiendo los libros de Papá o las flores o el sofá. Había un gran agujero en la pared, desde el cual se veía el cielo, la luna medio oculta entre oscuras nubes.

—*¡Nil! ¡Nil!*

—¿Qué quieres? —preguntó al fin, dirigiéndose a nada en particular, puesto que aquella voz parecía provenir de todas partes y de ninguna al mismo tiempo.

—*Nil, despierta.*

—¿Que me despierte? —dijo Nil.

Los ojos de Nil se cerraron y, cuando se volvieron a abrir, se toparon con dos pares de ojos observándole atentamente a dos palmos de distancia. Con un respingo, Nil se incorporó. El tío Marcel y Ona, ambos con el ceño fruncido, observaban a Nil, que tardó varios instantes en darse cuenta de que debía de haberse quedado dormido sin querer.

—¿Estás bien, Nil? —preguntó el tío Marcel.

—¡Los he visto! —exclamó Nil.

—¿Los has visto? —repitió el tío Marcel, frunciendo el ceño.

—¡A Mamá y Papá! En casa, estaban allí y... y... había... gente. Querían algo, pero Mamá y Papá no lo tenían y...

—Nil, Nil, Nil —dijo el tío Marcel, poniendo una mano en el pecho del chico, cuyo corazón latía desbocado—. Cálmate. Estabas soñando. Has tenido una pesadilla.

—Uno de ellos —insistió Nil— hizo explotar el comedor. Mató a Mamá y Papá...

Las lágrimas formaron un tenso nudo en la garganta de Nil, cuya barbilla comenzó a temblar incontrolablemente. La cabeza del tío Marcel se movía despacio de un lado a otro, su mano aún en el pecho de Nil.

—No, Nil —dijo—. Eso ha pasado en tu sueño. A Mamá y Papá no los ha matado nadie. No ha sido culpa de nadie lo que les ha pasado. Ha sido una fuga de gas, ya lo sabes.

—¡No! —exclamó Nil, sorprendiéndose a sí mismo ante la intensidad de su grito—. No —repitió en voz más baja—. No ha sido un sueño, era demasiado... era real. Era de verdad.

—Nil... —dijo el tío Marcel, pero Nil se negaba a escuchar.

—No me digas que ha sido una pesadilla, tío Marcel, porque sé que no lo ha sido. Ha sido de verdad.

—Pero, Nil —intervino Ona, titubeante—, ¿cómo va a ser de verdad? ¿No lo ves? Ha sido una pesadilla.

Nil no respondió. Sabía que, por mucho que insistiera, no lograría hacer entrar en razón a Ona y al tío Marcel.

—Venga, vamos a desayunar. Es un poco temprano, pero iba a despertaros en cinco minutos de todos modos, así que no tiene sentido que os volváis a acostar —repuso el tío Marcel, echando un rápido vistazo al reloj—. Mejor que hoy os hayáis despertado pronto —añadió—, así tendréis tiempo de sobra para prepararos para el primer día en el cole nuevo.

Nil fue el último en abandonar el dormitorio y solo lo hizo cuando un pequeño maullido le forzó a incorporarse y mirar hacia la puerta. Frotándose el costado con el marco y ronroneando suavemente, el gato Nabiu parecía estar diciéndole a Nil «sal de la habitación ahora mismo». De hecho, el maullido del animal no cesó hasta que Nil hubo echado los pies al suelo y, arrastrándolos pesadamente, hubo comenzado a avanzar en dirección al pasillo.

Cuando llegó al marco de la puerta, donde el gato, sentado, le observaba atentamente con sus grandes y verdosos ojos, Nil estiró una mano hacia el animal, que la olisqueó durante unos instantes antes de frotar su frente contra ella. Nil sonrió.

—¿Quieres venir? —preguntó, agachándose y dirigiendo los brazos a Nabiu, que, entre ronroneos, se hizo un ovillo cuando Nil lo levantó del suelo y se lo llevó con él hasta el comedor. Allí, Ona, sentada con las piernas cruzadas sobre el sofá, devoraba un enorme tazón de cereales con la mirada clavada en el gran televisor que colgaba de la pared.

Sin mediar palabra, Nabiu ronroneando entre sus brazos, Nil se dirigió a la cocina, donde el tío Marcel parecía estar esperándole, un tazón vacío y la caja de cereales abierta frente a él. Dejó al animal en el suelo, que se enredó entre sus piernas a modo de despedida antes de desaparecer sigilosamente.

—¿Quieres cereales? —preguntó el tío Marcel. Nil asintió y observó cómo el hombre le preparaba el desayuno. Cuando se lo entregó, Nil lo recibió con ambas manos y, con cuidado de no verter ni una gota de leche en el suelo, se reunió en el sofá con Ona, que ya había terminado su tazón, pero no parecía haber logrado despegar los ojos del televisor.

Pocos instantes más tarde, sosteniendo cuidadosamente una diminuta taza de amargo café, el tío Marcel se sentó entre los mellizos y se dispuso a tomar la ardiente bebida en silencio. Nil masticaba los cereales en silencio. Ona siguió mirando la televisión en silencio. El único en todo el apartamento que parecía estar empeñado en romper el silencio era el gato Nabiú, que, a cubierto debajo de la butaca, ronroneaba estrepitosamente con los ojos entrecerrados, medio adormecido.

—Tío Marcel —dijo Nil después de terminar su desayuno.

—¿Sí?

—¿Mamá y Papá tenían algún cristal?

El tío Marcel arqueó las cejas y Nil podría haber jurado que su tono de piel había caído hasta un sutil blanco crudo. Parpadeando con rapidez, el hombre lanzó una fugaz sonrisa a Nil y respondió:

—¿Un cristal? ¿Qué clase de cristal?

—Bueno, pues... Un cristal. No lo sé —repuso Nil, encogiéndose de hombros—. Eso es lo que decían los malos.

—¿Los malos? —inquirió el tío Marcel.

—Sí. Los de... Los de mi *sueño* —Nil cargó esta última palabra con todo el sarcasmo del que fue capaz, puesto que seguía empeñado en negar que lo que había visto en su mente mientras dormía era sencillamente eso, una pesadilla.

—¿Los malos de tu sueño decían algo de un cristal?

—Sí. Uno de ellos se puso bastante pesado, se lo pedía a Mamá todo el rato. «*Dadnos el cristal*», decía sin parar —explicó Nil, tratando de imitar la voz grave y áspera de aquel hombre misterioso.

—No lo sé, Nil, seguro que no es nada. Ya sabes cómo son los sueños. Muchas veces, no tienen ningún sentido —repuso el tío Marcel, recogiendo su tacita y los tazones que Nil y Ona habían dejado sobre la mesita frente al sofá y llevándoselo todo a la cocina. Nil miró a Ona, que le devolvía la mirada.

—¿Tú qué piensas? —dijo Nil.

—¿Qué pienso? ¿De qué?

—Del cristal.

—Ya te lo ha dicho el tío Marcel —respondió Ona, dejando a Nil solo en el sofá—; los sueños a veces no tienen sentido.

El tío Marcel ayudó a los niños a prepararse. Aquel era un día muy importante, puesto que sería su primer día en la escuela Santa Rosaura, la única escuela primaria del pequeño pueblo de Vallvell, que era donde vivía el tío Marcel. Antes del terrible accidente que acabó con la vida de sus padres, Ona y Nil habían vivido en la gran ciudad, a casi doscientos kilómetros de Vallvell. Ambos habían asistido a una única escuela desde los tres años, de modo que decir que estaban algo nerviosos era un eufemismo. Sin embargo, ocupados como habían estado con todos los acontecimientos en los que se habían visto envueltos, el asunto del cambio de escuela se había visto relegado a un segundo plano en las mentes de los dos niños.

Hasta ese momento, claro.

Cuando, tras el desayuno, el tío Marcel ayudaba a Ona a peinar su enredado cabello mientras se aseguraba de que Nil se cepillara bien los dientes, una punzada de nerviosismo comenzó a latir en el pecho de Nil. Minutos más tarde, cuando ambos terminaron de vestirse y el tío Marcel revisó que hubieran metido todo lo que necesitarían ese día en sus mochilas, la punzada de nerviosismo se había convertido en un torrente que agitaba el interior del chico, quien, a pesar de todo, procuraba mantener el semblante impassible. No quería mostrar lo intranquilo que se sentía. No cuando, al mirar a Ona, veía que esta parecía más serena que nunca. De hecho, parecía incluso... aburrida.

—¿Todo listo? —preguntó el tío Marcel, cogiendo las llaves.

—Sí —respondió Ona, balanceándose suavemente.

—Sí —coincidió Nil, ajustando la pesada mochila sobre sus hombros.

—Genial —sonrió el tío Marcel, abriendo la puerta—. Pues, vámonos —repuso, gesticulando con la mano para que Nil y Ona salieran al rellano antes que él. Nil oyó el chasquido de la llave cerrando la puerta, tras lo cual los tres bajaron los tres tramos de escaleras —no había ascensor en el edificio en el que vivía el tío Marcel— y salieron a la fría y encapotada mañana de finales de noviembre. Era tan temprano que el sol apenas comenzaba a despuntar.

Con un bostezo, Ona siguió al tío Marcel, Nil detrás de ambos, sintiendo un cada vez mayor tamborileo en su pecho. Respiró profun-

damente antes de escalar al asiento trasero del desvencijado coche azul del tío Marcel. El vehículo pareció rugir en protesta cuando el tío Marcel giró la llave en el contacto.

Temblando levemente —aunque tal vez esto se debiera más al traqueteo del coche y menos a la inquietud que le reconcomía—, Nil contempló desde la ventana cómo el sol los acompañaba, abriéndose paso entre las nubes, al nuevo colegio.

Cada tanto, Nil miraba de reojo a su hermana. Quería comprobar si, como sospechaba, el semblante calmado de Ona no era más que una fachada, como la que él mismo había levantado. Por el rabillo del ojo pudo verla morderse las uñas, la mirada fija en algún punto lejano en el exterior del vehículo. Por supuesto que Ona estaba tan nerviosa como él, sería estúpido no estarlo cuando se dirigían a un lugar completamente nuevo lleno de niñas y niños a los que no conocían de nada.

—Bueno —repuso el tío Marcel tras aparcar el coche—, pues aquí estamos.

Los niños se apearon y echaron un vistazo alrededor. Estaban delante de un parque, a través del cual Nil podía ver pequeños grupos de madres y padres con sus hijos, caminando alegremente. Al otro lado del parque, hacia donde se dirigía todo el mundo, se alzaba un enorme edificio de al menos seis plantas. Nil y Ona, junto al tío Marcel, se unieron a la gente que cruzaba el parque, el edificio creciendo y creciendo a medida que acortaban la distancia que los separaba. Una vez hubieron dejado atrás el parque, Nil pudo apreciar mejor la fachada, que estaba pintada por secciones en distintos colores y desde la que un gran reloj marcaba las ocho y veintisiete minutos. La fachada estaba, además, decorada por grandes ventanales que dejaban ver claramente el interior: salas repletas de pupitres, sillas, armarios y pizarras.

Los chicos y el tío Marcel se detuvieron en la amplia plaza que se extendía entre el parque y el muro que separaba el colegio del mundo exterior. La gran puerta de metal, de un intenso color carmesí, estaba cerrada y, a su alrededor, se congregaron todas las familias que habían visto mientras cruzaban el parque.

Exactamente a las ocho y media, un potente tañido reverberó en los oídos de Nil, haciéndole dar un gran brinco. El sonido de la cam-

pana se diluyó tras breves instantes y, acto seguido, la gran puerta de metal se abrió, revelando al otro lado a una diminuta anciana que sonreía amablemente y cargaba con un enorme manajo de llaves alrededor del cuello mientras tiraba de la puerta para dejarla completamente abierta. Nil y Ona intercambiaron rápidas miradas y luego, al mismo tiempo, miraron al tío Marcel.

—¿Tenemos... tenemos que entrar ya? —preguntó Ona. Se refería, por supuesto, a si tenían que entrar sin el tío Marcel. Nil esperaba que la respuesta fuese negativa, puesto que no tenía ni la más remota idea de adónde tendrían que ir una vez cruzasen la gran puerta de hierro. El tío Marcel sonrió.

—Esperemos a que entren los demás y os acompañaré. Ayer hablé con vuestra tutora y quiere veros antes de acompañaros a clase —explicó.

Así pues, cuando la mayoría de niños se hubieron despedido de sus padres, el tío Marcel guió a Ona y Nil al interior del colegio. Nada más cruzar la gran puerta de metal se encontraron con un amplio patio con columpios, un tobogán y una gran cancha de fútbol. Más allá, se podían ver varios bancos, un par de fuentes y otra cancha, solo que esta era de baloncesto.

Siguieron caminando hasta llegar a unas oscuras escaleras que llevaban al interior del edificio, donde, en la luminosa recepción, decorada con dibujos que, a juzgar por el estilo, habían sido diseñados por los alumnos de cursos inferiores, la anciana sonriente que había abierto la gran puerta de hierro charlaba con otra mujer, más joven y mucho más alta, con una larga melena castaña con la que prácticamente podría barrer el suelo y unos ojos verdes que parecían brillar con luz propia.

—Buenos días —dijo el tío Marcel, provocando que la anciana sonriente diera un respingo, lanzase una furtiva mirada al hombre y se despidiera de la mujer del pelo largo en un susurro entrecortado.

—Buenos días —respondió esta con voz suave y musical, tendiéndole la mano al tío Marcel—. Vosotros debéis de ser Ona y Nil, ¿verdad?

—Sí —dijeron Ona y Nil al unísono. La mujer les dedicó una resplandeciente sonrisa.

—Yo soy la señorita Clara, vuestra tutora. Bienvenidos a la escuela Santa Rosaura.

—Gracias —respondieron en voz baja los mellizos.

—Mirad, os he preparado estos horarios con toda la información: las asignaturas, las aulas y los nombres de los profesores —repuso la mujer, entregando dos grandes hojas de papel a los hermanos. Nil echó un vistazo rápido a la tabla mientras la señorita Clara seguía hablando—. Vuestros compañeros están a punto de empezar la clase de inglés, así que, si os parece bien, os acompaño, ¿qué me decís? —preguntó la señorita Clara, tendiendo una mano a Nil y la otra a Ona. Los chicos, lanzando una fugaz mirada al tío Marcel, agarraron cada uno una mano de la señorita Clara.

—Adiós, chicos, que tengáis un buen primer día —dijo el tío Marcel alegremente, agitando la mano mientras los dos mellizos se alejaban con la señorita Clara. La mujer los guio a través de un pasillo y subieron unas escaleras que daban a otro pasillo idéntico al anterior. Allí, la señorita Clara caminó dando pequeños y alegres saltitos hasta la mitad del pasillo y, por fin soltando la mano de Nil, golpeteó en la puerta rotulada con el número 115.

La señorita no esperó a que nadie al otro lado respondiera y, simplemente, abrió la puerta, empujando amistosamente a los chicos al interior del aula. Prácticamente todas las mesas estaban ocupadas por niños y niñas de la edad de Ona y Nil. En cada mesa había dos niños, excepto en la primera mesa de todas, la más grande, frente a la cual estaba sentado un hombre extremadamente alto y delgado. Nil se fijó en su aspecto, puesto que nunca había visto un hombre igual. Su cabello, alborotado, parecía teñido con mechaz grises y blancas. Lucía una barba bastante descuidada, y unos ojos grises, con prominentes ojeras. Todo en aquel hombre parecía gris; incluso su piel parecía tener un extraño matiz grisáceo, como si estuviera enfermo. El hombre arqueó las cejas, que también eran grises, cuando vio a la señorita Clara acompañando a los dos niños, pero no dijo nada.

—Buenos días, Xavier —dijo la señorita Clara, voz sonriente—. Hola a todo el mundo. Os presento a Ona y Nil, son hermanos mellizos y, a partir de hoy, serán vuestros nuevos compañeros

de clase —la señorita dijo esto dirigiéndose a los alumnos, que, casi sin pestañear, tenían los ojos clavados en Ona y Nil. El chico se removió, esquivando la lluvia de ojos que le estaba cayendo encima—. Espero que los acojáis como es debido y los tratéis bien. Vamos a ver... Sí, podéis sentaros ahí —dijo la señorita Clara, señalando con la mano izquierda un pupitre ocupado por una niña rubia de ojos castaños y con la otra un pupitre donde un niño de cabello negro y ojos grisáceos miraba a los mellizos como quien acababa de ver un fantasma.

Tras esto, la señorita Clara se despidió de la clase. Nil, arrastrando los pies, sintiendo el picor en la nuca provocado por los cincuenta ojos fijos en él, se dirigió al pupitre del niño de expresión asustada. Dejó la mochila en el colgador que había en su lado del pupitre y se sentó, sonriendo con labios temblorosos a su nuevo compañero de pupitre.

—Hola —susurró Nil—. Me llamo Nil.

—Hola —repuso el niño con cara de susto—. Yo me llamo Hugo.





CAPÍTULO 2

EL PROFESOR DE INGLÉS

Muy bien —dijo el profesor Xavier, poniéndose en pie, lo cual hizo que Nil cobrara consciencia real de la tremenda altura de aquel hombre—, empecemos pasando lista y me decís si habéis hecho los deberes. ¿Omar Al Khatib?

—Presente —dijo un niño de grandes ojos negros desde el fondo del aula.

—¿Deberes?

—¡Sí! —dijo él. El profesor, asintiendo lentamente con la cabeza, marcó algo en su libreta con el bolígrafo rojo—. *Very well.* ¿Hugo Caballé?

—Sí —dijo Hugo, el niño con el que Nil compartía el pupitre—. Y he hecho los deberes.

—Bien —respondió el profesor. Después de Joan Cruz, Inés Delgado y Joan Delgado, todos con sus deberes hechos, el profesor entrecerró los ojos y acercó el rostro a su listado, como intentando descifrar el siguiente nombre.

Y así permaneció durante largos segundos, mirando alternativamente a sus alumnos y al listado, hasta que, pestañeando con rapidez, dejó la libreta sobre su mesa y recorrió el aula hasta detenerse justo delante de Nil. Nil tuvo que levantar la vista prácticamente hasta el techo para llegar a cruzar sus ojos con los del profesor, que no pestañeaba, y le miraba con tal intensidad que a Nil le parecía que casi podría leerle el pensamiento.

—Nil. Dragó —dijo muy lentamente—. Nil Dragó —repitió, entrelazando los dedos de ambas manos frente al torso.

—Presente —dijo la voz temblorosa de Nil.

—Es un nombre verdaderamente curioso, ¿no crees? —repuso el profesor, todavía sin pestañear ni una sola vez—. Dragó. Dragó. —Durante una fracción de segundo, pareció que el profesor estiraba el brazo para agarrar a Nil por el cuello del jersey. El chico dio un gran respingo. Sin embargo, la mano del profesor se dirigió al pupitre de Nil y Hugo. El larguísimo y grisáceo dedo índice del hombre golpeó la mesa tres veces—. Un nombre muy curioso, sí. ¿Deberes? —preguntó.

—Eh... No. Es que no sabía que había deberes, hoy es mi primer día en este cole.

—Ah, ya, claro, tienes razón... —dijo el profesor, moviendo los dedos a toda velocidad y gesticulando hacia el libro de inglés que Nil tenía cerrado sobre el pupitre. Se lo acercó al profesor, que lo hojeó con sus huesudos dedos hasta dar con una página en concreto y volver a colocarlo en el pupitre, su larga y cenicienta uña señalando la totalidad de la página 43—. Pues, es todo esto. Hazlo para el próximo día, ¿quieres?

—Eh... Sí. Sí, claro —balbuceó, anotando en su agenda los deberes. Tras esto, el profesor Xavier masculló entre dientes el nombre de Nil una vez más antes de regresar a su mesa y seguir pasando lista. El siguiente nombre, por supuesto, era el de Ona, pero, a diferencia de lo ocurrido con el nombre de Nil, el de su hermana no pareció llamarle la más mínima atención. Tampoco le pidió a Ona (no explícitamente al menos) que hiciera los deberes que el resto de la clase había hecho para ese día.

Mientras el extraño profesor de inglés terminaba de leer los nombres de su lista, Nil dio un codazo en el brazo de Hugo, que, dando un brinco, miró a Nil, cejas arqueadas. Nil gesticuló hacia el profesor y susurró:

—¿Es siempre así de raro?

—Bueno, no lo sé, no le conozco mucho porque llegó hace poco, solo nos ha dado dos clases. Bueno, tres, contando la de hoy —explicó Hugo.

—Pero, ¿qué le ha pasado con mi nombre? Sí que es verdad que tengo un apellido un poco raro, pero...

—*Silence, please*—dijo la potente voz del profesor de inglés desde la pizarra, ojos clavados en los de Nil, que tragó saliva sonoramente—. Vamos a empezar la clase, que suficiente retraso hemos tenido ya.

El profesor Xavier pidió a la clase que abrieran los libros y, de inmediato, sobre el aula pareció cernerse una espesa nube de tensa concentración mientras el extraño profesor de inglés impartía la lección del día.

A pesar de que, en el colegio antiguo, Nil había tenido una sorprendente facilidad para perder la concentración en lo que dura un parpadeo, en esta clase algo en su interior le pedía que, por lo que más quisiera, se mantuviera absolutamente atento hasta de la última palabra del profesor de inglés, que parecía compelido a lanzar gélidas miradas a Nil cada dos minutos. No podía negarlo; se sentía algo asustado y ardía en deseos de que la lección llegara a su fin cuanto antes. Así, al menos, podría salir de allí antes que nadie y poner toda la distancia posible entre Xavier y él.

Según el horario que le había entregado la señorita Clara y que Nil había sacado de su mochila para consultar, la siguiente clase del día era educación física. Echó un vistazo a los tejanos que el tío Marcel le había elegido aquella mañana y frunció el labio. No tenía ropa de deporte.

El mismo tañido que a las ocho y media había hecho saltar a Nil resonó por el aula, haciendo vibrar las ventanas. El profesor, dejando escapar un sonoro suspiro, balbuceó algo en inglés que Nil fue totalmente incapaz de descifrar pero que, con suerte, significaría algo así como «*adiós, podéis iros*».

El chico guardó sus cosas en la mochila y se dispuso a acompañar a Hugo adondequiera que se impartiese educación física en aquella escuela. Sin embargo, apenas tuvo tiempo de dar tres pasos cuando la glacial voz del profesor Xavier llamó su nombre con un extraño deje severo que logró que los vellos de la nuca de Nil se erizaran.

—¿Sí? —inquirió Nil, sintiendo un desagradable frío recorrerle la espalda mientras el profesor movía su largo dedo índice adelante y atrás, indicándole que se acercase. Nil lanzó una mirada de súplica a Hugo, como si él pudiera salvarle de lo que fuera que fuese a ocurrir

a continuación. El muchacho de ojos grisáceos, sin embargo, no pudo sino encogerse de hombros y abandonar el aula con el resto de la clase, dejando a Nil y al profesor Xavier solos.

—Nil Dragó —dijo el profesor, esta vez con un deje urgente, puesto que Nil parecía haberse quedado petrificado donde estaba—, haz el favor de venir aquí inmediatamente.

Nil respiró hondo y levantó un pie, que parecía pesar tanto como si se hubiera convertido en un bloque de plomo macizo. Lentamente, el chico se aproximó al escritorio del profesor, donde Xavier, brazos cruzados sobre el pecho y ceño fruncido, aguardaba.

—Nil... Dragó... —murmuró el profesor. Nil no lograba comprender la obsesión que parecía tener aquel hombre con repetir su nombre una y otra vez—. Mírame, por favor —masculló y Nil alzó el rostro, cruzando miradas con el profesor, cuyos ojos parecieron bailar por todas las facciones del rostro del joven.

Nil juraría que el profesor de inglés dijo algo que sonó como «*ya veo*», pero debió de habérselo imaginado, puesto que el hombre no había movido los labios.

—Muy bien. Nil Dragó, puedes irte —dijo el hombre.

Aunque a Nil le habría gustado hacerle saber al profesor que con llamarle simplemente «Nil» había más que suficiente, el joven decidió que no sería sensato tentar su suerte después de haberse librado milagrosamente de lo que podría haber sido una situación peliaguda. Sintiendo aún el extraño frío recorriéndole la espalda, Nil abandonó el aula a paso ligero, cruzó el pasillo y logró dar con la recepción de la escuela, donde, una hora atrás, la señorita Clara los había recibido a él y a Ona.

Nil no se había dado cuenta al llegar al colegio, pero en la recepción había dos puertas que daban al exterior. La primera, por la que había entrado una hora atrás con el tío Marcel y Ona, se encontraba cerrada en esos momentos. La otra, más pequeña, se mantenía abierta gracias a que una pequeña mano la sostenía desde el exterior. Nil se acercó, titubeante, a la puerta. La mano estaba unida a un brazo y ese brazo estaba unido a un cuerpo, con una cabeza donde unos ojos grises le miraban casi sin parpadear. Era Hugo.

—Educación física es por aquí —dijo Hugo, todavía sosteniendo la puerta abierta mientras Nil la cruzaba—. He pensado que no sabrías cómo llegar, así que te he esperado.

—Gracias —dijo Nil. La mano de Hugo soltó la puerta, que se cerró con un sonoro chasquido, y los dos niños echaron a andar por el pequeño claustro al que daba la puerta que acababan de atravesar. Nil siguió a Hugo, puesto que él no sabía adónde debían dirigirse exactamente.

—¿Qué quería el profesor Xavier? —preguntó Hugo, tras un breve silencio.

—Nada —dijo Nil simplemente. Hugo le miró de soslayo.

—¿Nada?

—Nada. No me ha dicho nada. Solo se me ha quedado mirando como un pasmarote, repitiendo mi nombre y luego me ha dicho que me fuera. —Hugo frunció el ceño.

—Cuando llegó, ya me parecía que era un poco raro —dijo Hugo, pensativo—. *Miss Núria*, la profesora que teníamos antes, también era un poco rara y creo que me tenía manía, pero Xavier... Xavier es aún más raro que *Miss Núria*.

—Ni que lo digas —coincidió Nil—. La forma que tiene de mirarme me pone los pelos de punta.

Siguieron hablando de lo raro que les parecía el profesor de inglés mientras se acercaban a un recinto acristalado, donde una mujer muy alta y corpulenta parecía estar esperándolos con los brazos en jarras y la frente arrugada. Vestía una camiseta blanca de tirantes y unos pantalones cortos del mismo color, a conjunto con las igualmente blancas zapatillas de deporte. Llevaba una cinta alrededor del cuello, de la que pendía un silbato de un rosa tan intenso que los ojos dolían al mirarlo demasiado tiempo y sostenía en la mano un pequeño cronómetro negro. El cabello, rubio, lo llevaba recogido en un moño tan apretado que parecía estirarle los ojos, lo que provocaba la impresión de que la mujer estuviera mirando a los dos chicos como quien mira a alguien que acaba de tirar el envoltorio de una chocolatina al suelo.

—Ya era hora, chicos —repuso la mujer cuando los dos niños estuvieron lo suficientemente cerca, con una poderosa voz que retumbó

por todo el claustro. Nil supuso que aquella sería la profesora de educación física—. ¿Tú eres el otro nuevo, verdad?

—Eh... sí —dijo Nil. Claro, había «dos nuevos», su hermana Ona y él.

—Y tampoco traes ropa de deporte —masculló la mujer, lanzando una fulminante mirada a los tejanos que Nil llevaba puestos—, ¿a que no?

—Pues... no. —La mujer exhaló profunda y sonoramente, puso los ojos en blanco y, negando con la cabeza, dijo:

—Pues nada, también me harás de ayudante. Tú, Hugo, entra en el gimnasio con los demás. —Sin mediar palabra, Hugo, cabeza gacha, se coló al lado de la profesora y cruzó la puerta de cristal—. Tú —añadió, señalando a Nil—, sígueme, vamos a buscar los materiales para la clase de hoy.

La profesora guió a Nil alrededor del gimnasio, hasta un pequeño cobertizo donde esperaba Ona, espalda apoyada contra la pared. La profesora sacó una llave del bolsillo con la que abrió la puerta. Nil pudo ver que se trataba de una especie de armario donde guardaba distintos materiales para las clases de educación física: un estante estaba a rebosar de pelotas de todos los tamaños, guardadas dentro de redes para que no cayeran todas rodando. En la pared opuesta, sobre un caballete, había un manojito de lo que parecían cuerdas para saltar y, al fondo, colgando de varios ganchos en la pared, había aros de varios tamaños y colores: los más pequeños eran verdes, los medianos eran azules, amarillos o rosas, y los más grandes eran negros o naranjas. En el suelo, bajo los aros, se amontonaban unos sobre otros una decena de conos anaranjados y, al lado, había una caja abierta con petos de dos colores: amarillo chillón y azul celeste.

—Bonita, coge los petos —dijo la profesora a Ona—. Y tú, abre esa red y saca dos balones de fútbol. Y, toma —añadió, colgando del cuello de Nil los aros. La profesora cogió las cuerdas y, caminando delante de los mellizos, los tres entraron en el gimnasio por una puerta trasera.

El techo del gimnasio era alto y estaba compuesto por placas grises. Nil pudo ver que había secciones del techo desprovistas de aque-

llas placas. Probablemente, más de un balonazo había causado, con los años, las pérdidas de las placas faltantes.

Sus compañeros de clase estaban agrupados en un círculo en el centro del gimnasio, algunos de pie, la mayoría sentados, todos armando un tremendo jaleo, hablando, riendo y gritándose los unos a los otros. La mujer, que pareció soltar un leve gruñido al ver aquel panorama, se llevó el silbato a los labios y, con toda la fuerza de sus pulmones, sopló, el estridente pitido reverberando en las ventanas, que temblaron sonoramente, amenazando con romperse. La mayoría de alumnos dejaron escapar gritos ahogados y se llevaron las manos a los oídos para protegerlos del insoportable ruido.

—¿Qué es esto? —vociferó la profesora—. ¿Qué he dicho que teníais que hacer? ¿Eh? Dímelo tú, Biel, ¿qué he dicho?

—Que diésemos vueltas corriendo —respondió Biel, mirándose los pies.

—Y, ¿cuántas vueltas os he dicho que teníais que dar? —preguntó la profesora—. Diana, ¿me lo puedes decir?

—Cinco —dijo una niña de pelo rizado y de color muy claro.

—Pues como veo que habéis terminado las cinco vueltas tan rápido —dijo la mujer—, podéis dar otras diez. —La clase entera estalló en protestas, pero bastó un soplido del silbato para que todos guardasen silencio de inmediato y comenzasen a correr desordenadamente, dando vueltas por el gimnasio—. Ona, pon los petos de un color aquí y los del otro aquí —dijo la profesora, señalando dos puntos del suelo—. Y tú, eh... ¿cómo te llamas?

—Nil —repuso Nil, mirando el dedo índice con el que la profesora le señalaba el pecho.

—Muy bien, pues Nil, esparce los aros por ahí. Ah, y dame los balones. —Nil se paseó por el gimnasio dejando caer aros a intervalos regulares hasta que no quedó ninguno colgando de su cuello, tras lo cual miró a la profesora, que le hizo un gesto con la cabeza, indicándole que podía sentarse con Ona en uno de los bancos que había junto a la pared mientras el resto de sus compañeros recibían la clase.

Una hora después, mientras los compañeros de Ona y Nil se dirigían, cabello empapado en sudor, rostros sonrojados y respiración entrecortada, a los vestuarios, la profesora pidió a los mellizos que

recogieran los materiales y los guardasen en el armario. Cuando hubieron colocado todos los petos, todos los aros, todos los balones y todas las cuerdas en su sitio, la profesora cerró la puerta del cobertizo y dio permiso a Ona y Nil para dirigirse al patio. Era la hora del recreo.

Nil se dirigió al exterior de los vestuarios y, apoyándose en la pared, sacó el bocadillo que el tío Marcel le había puesto en la mochila. Mientras le daba un bocado, vio a Hugo, con ropa distinta a la que había llevado hasta hacía un par de minutos, salir del vestuario. Tenía el cabello seco pero el rostro aún enrojecido.

—¿Me has esperado? —preguntó Hugo, un atisbo de sonrisa apareciendo fugazmente en sus labios. Nil se encogió de hombros mientras le daba otro mordisco a su almuerzo.

—Sí, supongo —respondió Nil con la boca llena de pan y jamón.

—¿Te gusta el fútbol? —dijo Hugo, echando a caminar junto a Nil, alejándose del gimnasio. Entraron nuevamente en la recepción solo para volver a salir casi de inmediato por la otra puerta, que esta vez estaba abierta.

—Sí, claro que me gusta —repuso Nil.

—Pues ven conmigo —dijo Hugo—. Siempre jugamos a fútbol a la hora del recreo.

Y así, los dos corrieron hasta una de las pistas de fútbol que Nil había visto por la mañana al llegar al colegio, donde ya había congregados varios niños y niñas de su clase. Dos de ellos, los más altos, parecían ser los capitanes de los equipos, que se estaban formando en esos momentos.

—¡Esperad! —gritó Hugo al llegar—. Faltamos nosotros.

—¿Vosotros? —dijo uno de los capitanes, que Nil reconoció como Biel—. ¿Cómo que «vosotros»? ¿El nuevo quiere jugar?

—Sí —repuso Nil—. Quiero jugar.

Biel y el otro capitán intercambiaron miradas. A Nil no le cupo la menor duda de que a ninguno de los dos les hacía demasiada gracia que «el nuevo» estuviera en su equipo.

—¿Jugabas en el otro cole? —preguntó el otro capitán.

—Sí, claro. Era portero.

—¿Portero? —repitió Biel, poniendo los ojos en blanco—. O sea, que eras tan malo que te ponían de portero, ¿no?

—No —negó Nil con calma—. En realidad soy muy bueno. Paro casi todos los goles.

—Ya, claro... —dijo Biel—. Bueno, pues ponte ahí, que estamos haciendo los equipos.

Nil se colocó junto a los demás niños y niñas y se limitó a observar mientras Biel y el otro capitán los llamaban de uno en uno. En el equipo de Biel ya estaban Omar y otro niño cuyo nombre Nil no recordaba. En el equipo del otro capitán —que Nil descubrió más tarde que se llamaba Martí— había una niña y un niño.

—Marina —llamó Biel y una niña alta y de piel aceitunada se unió a su equipo.

—Hugo —dijo Martí.

Biel llamó a Arnau. Martí llamó a Edgar. Tras eso, ya solo quedaban una niña, dos niños y Nil. Tras gran consideración, Biel llamó a Antoni y, casi de inmediato, Helena se unió al equipo de Martí. Nil miró furtivamente a su izquierda, donde un niño muy bajito esperaba pacientemente a oír su nombre. Solo quedaban Nil y él, y Nil estaba seguro de que Biel no querría tenerle en el equipo...

—Pues, bueno, Lluç —dijo Biel, y Nil, que se había quedado solo, anduvo hasta el equipo de Martí, que le miraba con una extraña mueca en el rostro.

—Venga, Nil, ponte de portero, ya que dices que eres tan bueno —dijo Martí.

—Ya verás —repuso Nil, dirigiéndose con paso firme a la portería que Martí le señalaba con desdén. De camino a su puesto, cruzó miradas con Hugo, que parecía ligeramente más pálido de lo habitual.

Nil, que era alto y esbelto, ágil y veloz, tenía la complejión perfecta para un portero; era capaz de parar casi todos los balones que el equipo contrario le lanzase. Por eso, aunque Martí se mostrase escéptico y casi enfadado de tener que quedarse con «el nuevo» en su equipo, tenían el partido prácticamente ganado antes incluso de comenzar.

El primer balón en dirección a la portería que Nil defendía llegó a los dos minutos de comenzar el partido. Nil, rodillas flexionadas y brazos extendidos, vio cómo la pelota surcaba los cielos casi a cámara lenta y, con un mero salto, la atrapó al vuelo entre las manos. Martí,

cejas tan arqueadas que se confundían detrás de su flequillo, observó a Nil mientras este devolvía el balón al campo de juego.

Alrededor de la pista de fútbol, Nil pudo ver cómo se congregaban niñas y niños para mirar. Entre el grupo, Nil distinguió a Abril —la niña con la que se había sentado Ona en la clase de inglés— y a otros dos niños de su clase, cuyos nombres no recordaba. También había niños y niñas de otros cursos a los que Nil, obviamente, no conocía de nada. Nil tenía la impresión de que Abril no dejaba de lanzarle miradas fugaces mientras cuchicheaba animadamente con su grupo de amigas y todas reían en silencio, cubriéndose la boca con las manos. Llegó a la conclusión de que lo mejor sería ignorarlas y concentrarse en el partido.

Tras diez minutos de partido, Nil había logrado parar tres de los cuatro siguientes balones que se dirigieron hacia él. En ese momento, la puntuación era de dos a uno. Tan solo quedaban diez minutos para que sonase la campana que los obligaría a volver a las clases, de manera que, si Nil lograba mantener el ritmo un poco más, le demostraría a Martí y a todos los demás que «el nuevo» era, posiblemente, el mejor jugador que habían tenido en mucho tiempo.

A dos minutos del final del recreo, Arnau apareció abriéndose paso entre Inés, Hugo y Helena, ninguno de los cuales tuvo éxito en sus intentos por arrebatarse el balón de los pies, de modo que Arnau tuvo vía libre para atestar un tremendo puntapié a la pelota, que voló a toda velocidad...

... directa al estómago de Nil, que sintió el aire salir de sus pulmones, pero logró mantener el equilibrio y, más importante, la pelota fuera de la meta. Cayendo doblado al suelo por el doloroso hormigueo que el balón había dejado en su barriga, Nil se vio de improviso rodeado por una decena de piernas que saltaban incesantemente al tiempo que la estridente campana resonaba en el patio del recreo. Habían ganado. Nil lo había conseguido; había parado todos los goles, a excepción de uno.

—¡Hemos ganado! ¡Hemos ganado! ¡Hemos ganado! —coreaban Inés, Joan, Edgar y Helena al unísono, mientras Hugo se agachaba para ayudar a Nil a ponerse en pie.

—¿Estás bien?

—Sí, sí —dijo Nil, frotándose el estómago—, ha sido un golpe de nada.

—¡Hemos ganado! ¡Hemos ganado! —seguía canturreando el equipo de Nil, a excepción, claro, de Martí, que observaba a sus jugadores desde el centro del campo, con sentimientos encontrados: por un lado, la alegría de haber ganado. Por el otro, la irritación al ver que «el nuevo» le había entregado la victoria al equipo.

—Pues no mentía. Sí que es verdad que es bueno —dijo Biel al lado de Martí.

—Ha sido suerte —repuso Martí, dándole la espalda a Nil y alejándose de su equipo, que no parecía dispuesto a dejar de saltar y celebrar la victoria, abrazando y alborotándole el cabello a Nil, que, un tanto mareado, trató de zafarse de ellos.

Poco a poco, los dos equipos se disolvieron, dirigiéndose —los vencedores aún coreando, los perdedores cabizbajos— de regreso al interior de la escuela. En la recepción, Nil vio a una mujer rechoncha y bajita, con una torcida sonrisa, la nariz redonda y grandes mofletes, ataviada con una sudadera granate dos tallas demasiado grande y un gorro negro de punto que reposaba torcido sobre su despeinado cabello cano. En una mano llevaba una flauta y, en la otra, una gran libreta negra.

—¿Quién es esa? —preguntó Nil a Hugo, al ver que sus compañeros se detenían alrededor de la mujer.

—Es la señorita Marga —explicó Hugo, mientras ambos se reunían con los demás—, es la profe de música. Es muy maja —dijo, al tiempo que la profesora Marga saludaba a sus alumnos con una voz aguda y jovial.

—¡Hola, chicos! A ver, ¿estáis todos ya?

—¡Sí! —exclamaron algunos.

—Estupendo, pues vámonos, tenemos muchas cosas que hacer hoy. ¿Tenéis ganas?

—¡Sí! —exclamaron otras cuantas voces.

—Pueeeeeeeees —dijo la profesora, señalando dramáticamente hacia las escaleras—, ¡vamos allá!

En parejas y liderados por la alegre profesora, la clase de Nil ascendió hasta el tercer piso. Al alcanzar el rellano, la profesora, sonro-

jada y resoplando, se llevó la mano al pecho mientras los alumnos se congregaban a su alrededor. Tras hacer un rápido recuento para asegurarse de no haber dejado a nadie atrás y que todo el mundo había llegado sano y salvo hasta el tercer piso, la profesora, con la misma teatralidad de antes, señaló el camino hacia la derecha, donde el pasillo se perdía tras una columna.

—Vamos por aquí, chicos, pero no hagáis ruido —dijo, llevándose el índice al rostro, presionándolo contra los labios—. Es un atajo. —Nil frunció el ceño y lanzó una inquisitiva mirada a Hugo, que negaba con la cabeza lentamente, ojos en blanco, pero con una sonrisa dibujada en el rostro.

—Por ahí están los despachos y los departamentos —explicó Hugo mientras el grupo rodeaba la columna—. A veces nos trae por aquí, en vez de dar toda la vuelta por el otro lado —añadió, señalando a sus espaldas con el pulgar. Nil miró atrás por encima del hombro solo para poder darle un último vistazo a un pasillo como el del primer piso, donde estaba el aula de inglés, antes de que la columna lo bloquease.

Al doblar la esquina, se adentraron en un nuevo pasillo, más estrecho y con una iluminación más pobre que los otros. Del mismo modo que los otros pasillos que Nil había podido ver en la escuela hasta el momento, este estaba atestado de puertas, solo que aquí las puertas eran distintas. La madera estaba pintada de rojo en contraste con el verde de las puertas de las aulas y, en lugar del gran panel de cristal transparente de las puertas verdes, las puertas rojas tenían una estrecha franja vertical de vidrio escarchado, de modo que era imposible ver lo que había al otro lado, ni siquiera pegando la frente al cristal.

Tal vez sería la pobre iluminación que titilaba intermitentemente, o algún aparato electrónico estropeado y perdido detrás de alguna de aquellas puertas, pero una especie de zumbido penetró los tímpanos de Nil nada más poner pie en aquel pasillo. El chico se llevó un dedo al oído y frotó con fruición, tratando de deshacerse del molesto ruido que parecía dispuesto a abrirse paso hasta su cerebro.

Sin embargo, por más que frotara, el zumbido seguía ahí, intenso, incesante, fastidioso. Nil lanzó miradas a lado y lado, tratan-

do de decidir de dónde podría provenir, pero el problema era que el zumbido parecía salir de todas partes y de ninguna al mismo tiempo.

—¿Qué es ese ruido? —susurró Nil a Hugo, que alzó la cabeza, concentrándose para dar con el desagradable silbido, pero, tras varios instantes, su amigo le miró con expresión confusa.

—¿Qué ruido?

—Es como... como un zumbido —dijo Nil.

—Yo no oigo nada.

—¿Cómo que no? ¡Si se oye por todas partes!

Nil dio un paso a un lado, alejándose del grupo, ante la escandalizada mirada de Hugo, y se acercó a la puerta más cercana, que tenía las palabras «DEPARTAMENTO DE LENGUAS» grabadas en letras doradas. Pegó la oreja a la franja de vidrio escarchado. No, el zumbido no parecía provenir de allí. Dio dos pasos atrás, miró a la puerta de la izquierda (DEPARTAMENTO DE HISTORIA) y a la de la derecha (DEPARTAMENTO DE ARTES). El extraño silbido tampoco se originaba en ninguna de aquellas dos puertas, de modo que Nil avanzó pasillo arriba, sus dedos rozando pared y puertas, deteniéndose de tanto en tanto para comprobar que la intensidad del ruido no hubiera crecido o menguado.

Y entonces, frente a la penúltima puerta del pasillo, Nil se detuvo en seco. Sin necesidad de acercar la oreja a la fría superficie, lo supo. Supo que el zumbido salía de ahí. No se oía con más fuerza, pero, de alguna manera que Nil no sabría explicar, el ruido se volvía más agresivo, más urgente, más *sólido* junto a aquella puerta.

—Departamento de ciencias —leyó en voz baja.

Su mano se alzó, los dedos cerrándose alrededor del tirador. Nil empujó con fuerza hacia abajo, pero la manilla, impenetrable, no cedió ni un milímetro. Lo volvió a intentar, consciente de que el resultado sería el mismo. Al fin, apartó la mano de la puerta y, resignado, dio media vuelta.

Y se dio cuenta de su error.

No había ni rastro de la señorita Marga, de Hugo, ni del resto de sus compañeros de clase. Obcecado como había estado en averiguar cuál podía ser la fuente de ese silbido del diablo, Nil había perdido de

vista la hilera de alumnos que seguían a la profesora de música hasta el aula. Por supuesto, Nil no tenía ni idea de cómo llegar hasta allí.

Solo había una cosa que pudiera hacer: seguir hacia adelante, hasta el final del pasillo y ver si, con suerte, se topaba con sus compañeros aún desfilando hasta el aula de música, así que se alejó de la puerta del Departamento de ciencias y, con el zumbido aún taladrándole los oídos, echó a caminar, dejando atrás las puertas rojas y llegando a una bifurcación. A la derecha, un nuevo pasillo. A la izquierda, unas escaleras que llevaban a la planta superior. Mordiéndose el labio, Nil se decantó por el pasillo, pero poco tardó en percatarse de que allí no había aulas: las puertas también eran rojas y, con grandes letras doradas, se podían leer las palabras «DESPACHO NÚM. 1», «DESPACHO NÚM. 2» y así hasta el número veinte.

Nil dio media vuelta de inmediato, sin lograr ver a tiempo cómo la puerta del despacho número siete se abría de par en par. Del despacho salió una inmensa figura y Nil, andando a toda velocidad, no tuvo tiempo de detenerse.

—¡Ay! —exclamó al impactar contra la alta silueta y, por segunda vez aquel día, se encontró de bruces en el suelo.

—¿Se puede saber —dijo una voz gélida— qué estás haciendo aquí, Nil Dragó?

No le hizo falta levantarse para saber con quién había tenido la terrible suerte de chocar.

